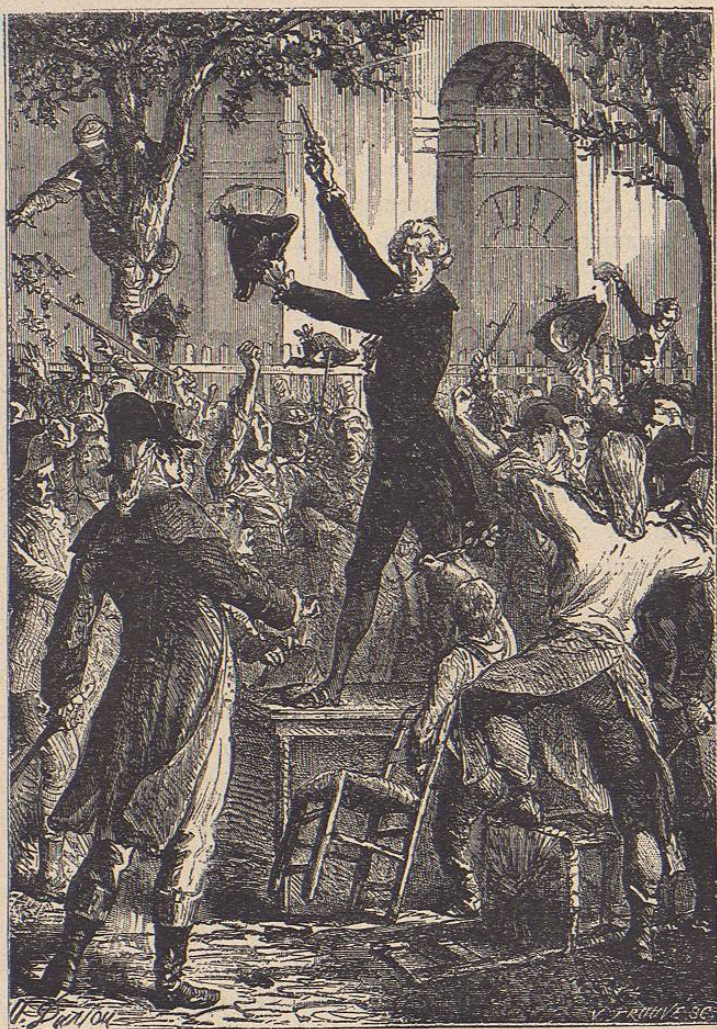


de la poca energía de los ministros, al sentirse poco menos que abandonados por el partido que creían representar. En el Palais-Royal la agitación era extrema, pero nada se resolvía. De pronto, un joven picardo ya muy conocido en aquellos círculos, Camilo Desmoulin, se sube á una mesa ó aparece en una ventana del café Foy y llama al pueblo á las armas. La multitud respondió unánime,

y las miles de personas allí reunidas, se corrieron por todas las calles de París saqueando las tiendas de los armeros, resueltas á no dejarlas hasta haber obtenido reparación. En las iglesias se tocó á arrebato y las tropas se pusieron en movimiento. En la plaza de Luis XV los alemanes se encuentran con la cuestación organizada por el duque de Orleans para recoger dinero para los pobres,—él había suscrito



Desmoulin llama al pueblo á las armas

por trescientas mil libras,—y hacen fuego. Esta es la primera sangre que manchó la plaza en la que tanta se había de derramar, y detrás de la infantería alemana la caballería húngara recorre las calles acuchillando á los grupos. Los guardias franceses aparecen, son aclamados por el pueblo, y poniéndose al frente de éste corren en busca de los alemanes y de los húngaros á quienes hacen fuego y cargan á la bayoneta haciéndoles retirar á sus acantonamientos quedando la ciudad por el pueblo. El ejemplo de los guardias franceses es seguido por parte de otros regimientos, y la revolución reúne pronto un ejér-

cito. Pero se necesitan jefes y dirección y al efecto se acude á la Asamblea de los electores. Esta entra resueltamente en funciones. Se piden al preboste Flasselles armas para armar una guardia que garantice la seguridad de París, y Flasselles entretiene al pueblo haciéndoselas buscar de un lado á otro, mientras las hace llevar á toda prisa á los Inválidos en donde las considera salvadas porque allí en el Campo de Marte está Besenval con su cuerpo de tropas. Pero se descubre el hecho, y la multitud guiada por el procurador Corny y por el párroco de Saint-Etienne, corre á dicho punto y se apo-

dera de 20 cañones y de 28 mil fusiles, al mismo tiempo cae en sus manos un barco cargado de pólvora. Armado y municionado el pueblo, claro está que no podía permanecer arma al brazo cuando tantos peligros le rodeaban. En esto se presenta el abogado Thouriot á la Asamblea de los electores y pide que se vaya á la conquista de la Bastilla, y sin reparar en lo poco práctico de la proposición, se resuelve tomar la Bastilla.

En efecto, la Bastilla, aún cuando sólo contaba para su defensa con 80 hombres y algunos inválidos, era inexpugnable á causa de la fuerza natural, de sus murallas y torreones. Pero el pueblo estaba ciego, y como el gobernador de la fortaleza les abandonara el primero y segundo recinto para defenderse en el tercero, el pueblo se precipitó sin desconfianza creyendo cierta la victoria, para salir á poco horrorizado, pues allí fué fusilado sin piedad



Toma de la Bastilla

desde las espilleras y troneras, quedando 150 ó 160 hombres tendidos en el suelo.

Como las tropas no se movieran, y llegaran á los que asaltaban la Bastilla algunos cañones, se dispusieron estos para abrir las puertas del tercer recinto á cañonazos, pero ya en el interior los 80 suizos y los inválidos habían demostrado pocas ganas de continuar resistiendo. Entonces de Launay, el gobernador, convencido de la suerte que le esperaba, á causa de lo odioso que le había hecho su cargo y el modo como lo desempeñaba, determinó volar la fortaleza en la que habían almacenados 150 barriles de pólvora, pero dos inválidos le detuvieron, y de Launay entró en tratos con Thouriot y otros dos que le prometieron salva la vida. Salió la guarnición de la Bastilla con su gobernador al frente, y esta

fué la grande imprudencia que aquel día cometieron los parisienses, pues era de prever que cuando allí habían 150 ó 160 familias que lloraban á los que habían muerto dentro de la Bastilla, había de ser imposible contener la multitud. De Launay marchaba rodeado de los que le habían asegurado la vida, pero todos los esfuerzos de estos para salvarlo fueron inútil, llegando hasta comprometer la suya como un bravo, un sargento de los guardias franceses que había de llegar á ser general y conde del imperio, el valiente y desgraciado Hulin ó Hulin. El furor popular no se satisfizo con esta victoria y con él fueron sacrificados algunos suizos é inválidos y entre estos uno de los que impidieron que de Launay arruinara medio París. Sin estos tristes episodios, el 14 de Julio de 1789 que Francia celebra

hoy como día de fiesta nacional, no habría quien preciándose de liberal no saludara este día como el día de la emancipación del hombre.

Nuestra breve y compendiada relación ha probado que el día decisivo de las jornadas de Julio fué el día 13. La toma de la Bastilla no fué más que un episodio. El día 13 tenía el gobierno en el campo de Marte, un cuerpo de ejército considerable al mando de Besenval, y á éste se le tuvo sin instrucciones durante los días 12 y 13, así que, pudo considerarse el cortesano general dichoso, y como habiendo ganado una importante victoria, al verse libre y lejos de París con sus tropas sin haber tenido que deplorar de ellas acto alguno de insubordinación ó de indisciplina. Naturalmente la partida de Besenval determinó la caída de la Bastilla y con ésta, como dice Sybel, la del régimen feudal, la humillación de la monarquía y la disolución del ejército. Todo esto fué obra del día 13, dice el imperial historiador, en ese día «el sistema que hasta entonces había prevalecido cayó por segunda vez, sin combate, y á causa de su propia debilidad...»

»París estaba en poder de la revolución; todas las pasiones que pueden llenar el corazón de un hombre, el amor de la libertad, el patriotismo, el odio, la venganza, la aridez, la ambición, fermentaban en las masas populares, agitadas como las olas del mar. Los rumores más terribles se sucedían sin descanso: se anunciaba la disolución de la Asamblea, el avance de un ejército imponente, la venganza sanguinaria de los aristócratas. A esos rumores sucedían los proyectos amenazadores y quiméricos: decíase que era necesario desterrar á todos los enemigos del pueblo, marchar sobre Versalles y arrancar al rey á sus indignos consejeros. Los electores reunidos en las Casas Consistoriales procuraban en vano moderar el movimiento y calmarlo poniéndose en comunicación con la Asamblea...» (Sybel.)

¿Pero qué hizo la Asamblea nacional, qué hizo el rey, qué hizo el gobierno durante los días 12, 13 y 14?

La Asamblea, tan pronto supo la caída de Necker y en previsión de un golpe de estado, se apresuró á dar á Lefranc de Pompignan, de quien por su edad se temía que no pudiera estar á la altura de las circunstancias un campanero, un vice-presidente, y esta elección recayó en Lafayette, á fin de marcar el carácter de la resistencia de la Asamblea. Al mismo tiempo, el abate Gregoire, que era uno de los secretarios, ponía á salvo todos los papeles de la secre-

taría. Mas como se pasase la mañana del 12 sin que el gobierno obrase; por la tarde, Gregoire en medio de los frenéticos aplausos de los diputados y del público recordó el juramento prestado en el juego de pelota, y todos los diputados lo renovaron en aquel solemne instante.

Al día siguiente, la Asamblea viendo que no era atacada, atacó. Mounier propuso que la Asamblea declarase al rey, que jamás se consentiría una bancarrota infame, y al lado de Mounier, Clermont-Tonnerre declaraba ó que se hacía una constitución ó que ellos dejarían de existir. Cuando así hablaban los moderados, júzguese de la exaltación de los radicales, á quienes llevaba al paroxismo del frenesí las noticias que á cada momento llegaban de París. En su vista, se acordó pedir al rey que retirase las tropas de París, y el rey entre agrío y desabrido, respondió á la comisión de la cámara, que él solo era juez de lo que debía hacerse, y que no consentía que se armase en París guardia burguesa alguna, ni que fuera allí comisión alguna de la Asamblea.

Descubierta la actitud de la corte, la Asamblea osó ya más, y Lafayette presentó una proposición reclamando la responsabilidad de los nuevos ministros respecto de todo lo que sucedía y pudiera suceder, así como la de todos los consejeros del rey *cualquiera que fuera su rango*, es decir, la reina, los príncipes, y esta proposición cuya gravedad nadie desconocerá, pasó sin trabajo, con la aprobación tácita del clero y de la nobleza. La Asamblea, además, se declaró en permanencia y así estuvo tres días.

Al día siguiente, las noticias de París llenaron de estupor á todos, lo mismo á la corte que á la Asamblea, nadie había imaginado que fuera posible en medio del ejército, llegar hasta los Inválidos y saquear los depósitos de armas y apoderarse de los cañones, ni menos que la Bastilla pudiera caer en manos de los parisienses, que con verdadero frenesí principiaron su demolición la misma noche del 14 de Julio. Pero pasado el primer momento de sorpresa, cuan grande fué el júbilo de los diputados liberales tan grande fué el terror de la corte, de la corte que había pasado todos esos días disponiendo el ataque de París que había resuelto se diera durante la noche del 14 al 15 de Julio.

Constituída de la manera que hemos dicho la guardia burguesa de París, que tomó por escarapela los colores de París, el azul y el rojo, se pidió por los de la Asamblea de los electores á los de la nacional, que aprobasen lo que habían hecho, y la

Asamblea nacional como si no existiera ni rey, ni gobierno, envió su aprobación á los parisienses.

Pero llegaron las tristes noticias de los asesinatos de Launay y del preboste Flasselles que tuvo que pagar el haber procurado engañar el pueblo, cumpliendo con su deber, y entonces la corte llená de terror y espanto cedió á lo que la Asamblea le había pedido el día antes, esto es, á la formación de una guardia burguesa, y al envío de una diputación de la Asamblea nacional, de la que formaron parte naturalmente los diputados por París, á la capital, para restablecer el orden y prevenir nuevos desmanes. Lafayette, como vice-presidente de la Asamblea, presidió la comisión que se componía de 80 miembros.

París le hizo el recibimiento más entusiasta, y ya en las Casas Consistoriales, Lafayette contó á la multitud como por la mañana se había presentado en la cámara el rey, acompañado tan solo de sus hermanos, sin guardias y descubiertos todos, á ponerse bajo su protección, declarando falso el rumor público de que peligrasen las personas de los diputados de la Asamblea nacional. Como la Asamblea acogió esta declaración al grito unánime de viva el rey, y salió en corporación para acompañarle á palacio al compás de las músicas que tocaban el aire de *¿En dónde se está mejor que en el seno de la familia?* y que una vez allí la reina salió al balcón á presentar el delfín al pueblo que les aclamó entusiasmado. Los oyentes se entusiasmaron también al oír la relación de su querido general y en un momento no se oyó en todo París otros gritos que los de ¡viva el rey! ¡viva el Tercer estado!

Lafayette fué aclamado comandante general de la guardia burguesa, pero el marqués, comprendiendo muy bien que á situaciones nuevas corresponden nombres nuevos, reemplazó su nombre por el de «Guardia nacional,» y de la misma manera fué nombrado Bailly como primer presidente de la Asamblea nacional, alcalde de París. Mas no se quiso en modo alguno pedir al rey la ratificación de tales nombramientos, y por lo contrario se pidió á las sesenta secciones electorales de París que naturalmente se apresurasen á darla.

Animados Bailly y Lafayette del patriótico deseo de restablecer la perdida armonía entre el rey y el pueblo, pidieron á Luis XVI que se presentase en la capital. Su proposición fué acogida con espanto en la corte, y toda la elocuencia de Bailly fué poca á decidirla durante dos días, por último, ante la consideración de que su negativa envolvía una declaración de guerra al pueblo parisién, cedió la corte en

medio de una consternación general. El día 17 era el fijado y la noche del 16 la pasó Luis XVI haciendo su testamento. El día 17 por la mañana, oyó misa y tomó la comunión todo como si fuese á la muerte. A la misma hora el conde de Artois, los príncipes de la casa de Conde, los Polignac y otros emigraron de Francia. Cuarenta años más tarde debían emigrar de nuevo el conde de Artois y los Polignac. Es decir que en los momentos graves y solemnes, los ultras, los que habían aconsejado al rey el golpe de Estado que produjo la revolución del 14 de Julio, eran los primeros en abandonarle á su suerte. Este ejemplo fué desde luégo imitado por la nobleza, y este cuerpo lo hacía constar por los asientos que dejaba vacíos en la Asamblea nacional.

El rey fué á París y el recibimiento entusiasta que se le hizo no pudo volverle en sí de su espanto. De las barreras á las Casas Consistoriales pasó hora y media. Bailly le presentó las llaves de la ciudad, diciéndole en este acto:—«Señor, yo llevo á vuestra majestad las llaves de su buena ciudad de París. Son las mismas que fueron presentadas á Enrique IV. Él había reconquistado á su pueblo, pero aquí es el pueblo quien ha reconquistado á su rey.» Por este estilo se le dirigieron saludos patrióticos, exaltados, capaces de arrancar siquiera no fuese más que un grito de admiración, á una estatua de mármol, pero Luis XVI lo oyó todo indiferente, mudo, estático. Lo que veía era para él incomprensible. Los que le rodeaban, los que le hablaban, eran gentes desconocidas, eran burgueses y aún algo menos, que hablaban al rey con la cabeza levantada y sin doblar el espinazo, y Luis no comprendía como á un rey, como á un descendiente de San Luis, se le trataba con tan pocos miramientos.

Durante la marcha por las calles de París tuvo más de un motivo para reflexionar; si era saludado con entusiasmo, no era su nombre el que acompañaba aquellos saludos sino el grito de: ¡Viva la nación! y este grito era sospechoso, era revolucionario, pues se aclamaba algo que se ponía por encima del rey, y esto no se había visto nunca. En la calle de San Honorato el delirio patriótico le hizo sufrir además una involuntaria humillación, pues allí se encontró con una multitud que salía á su encuentro llevando en triunfo á un guardia francés coronado de laureles, y esto no representaba más que la humillación de la monarquía, la toma de la Bastilla y los asesinatos de sus defensores, á los ojos de Luis XVI, así continuó durante todo el trayecto como atontado. ¡Tal vez esperaba el pobre monarca

la pica que le habían anunciado sus cortesanos que llevaría su cabeza si se decidía á entrar en París! Al llegar á las Casas Consistoriales, los guardias nacionales escalonados en la escalera de entrada sacaron sus espadas y formaron sobre la cabeza del rey la bóveda de acero, y como de esta manera reciben los masones á sus dignatarios no dejó esto de notarse por muchos, pero no se logró con tantas atenciones, ni aún cuando estuvo sentado en su trono devolverle el uso de la palabra. Bailly y Lafayette tuvieron que hablar por él, y esto que el procurador de la Comuna de París en su presencia hizo adoptar por unanimidad, por aclamación, su proposición para que se elevara una estatua á Luis XVI en la plaza de la Bastilla como restaurador de las libertades públicas, pero todo lo que podían decir en su nombre Bailly y Lafayette es que el rey se daba por contento con su elección para alcalde y comandante de la guardia nacional y que «se podía contar con su amor.» Terror ó rencor, esta actitud del rey, si no le hizo sospechoso no le hizo simpático, y á su regreso á palacio, la reina salió á recibirle en la escalera arrojándose á sus brazos anegada en llanto como si una terrible desgracia les sumiera en el dolor y en la desesperación.

Lafayette que desde el primer momento com-

prendió que no iba á quedar en pié en toda Francia más fuerza que la guardia nacional, no se daba reposo en organizarla y como los colores de su escarapela eran á la vez que los de París los de la familia de Orleans, para evitar toda equivocación y demostrarle al duque que en vano se agitaba, que para nada podía contar con él, propuso Lafayette que á los colores de París se juntase el blanco de la casa real como símbolo de la reconciliación del rey y su pueblo, y al presentar á sus jefes la escarapela, pronunció Lafayette las siguientes proféticas palabras:

«Señores: aquí os traigo una escarapela que dará la vuelta al mundo, y una institución cívica y militar, que ha de triunfar de la antigua táctica de Europa, y que reducirá á los gobiernos arbitrarios á la alternativa de ser bñtidos, si no la imitan, y si la imitan, de ser derrotados.»

De lo que dijo en esta ocasión Lafayette, Europa, lo mismo que Francia, sintió un presentimiento. Un escritor alemán contemporáneo no pudo dominar la emoción que sintió al ver por primera vez la escarapela tricolor y el orgullo patriótico de los que la llevaban, y olvidando su cualidad de alemán, abrazó aquellos colores que pronto habían de serle antipáticos gracias á la política militar de los reyes. Este escritor era Goethe.



CAPITULO IV

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Se propaga la revolución de Julio en provincias.—Quiénes son responsables de los excesos: opinión de Sybel.—La Asamblea exhorta al país á la calma.—Mirabeau pide que se dé satisfacción al pueblo.—Asesinatos de Foulon y Berthieu.—Sus consecuencias en París y en la corte.—Sesión del 4 de Agosto: renuncian la nobleza y el clero sus derechos feudales: el duque de Aiguillon, el vizconde de Noailles y el vizconde de Beauharnais.—Proposiciones de Larocheffoucauld y del gentil-hombre pobre.—Pide el clero que los señores renuncien á su derecho exclusivo de caza.—La nobleza pide la abolición del diezmo.—Renuncias del bajo clero.—Renuncias del Tercer estado.—Intenta el clero deshacer la obra del 4 de Agosto en la sesión del 6.—Buzot pide que se declaren los bienes del clero nacionales.—Formula su petición el marqués de Corte.—Lameth apoya la proposición.—Discursos en contra de Mirabeau y de Sieyes.—Falsa posición que éste tomó.—Consternación del rey de los privilegiados.—Agítase de nuevo la corte.—Inquietud general.—Duport propone que se nombre una comisión de vigilancia.—Escrúpulos de la Asamblea.—Ábrese la discusión sobre la declaración de derechos.—Oposición de Malouet, Mounier, Lally-Tollendal, Clermont-Tonnerre y Mirabeau.—Oposición de la derecha: Maury y Cazales.—Cómo juzga Sybel la situación política.—Actitud y fuerza de los partidos.—El 26 de Agosto: *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*.—Vaguedad y defectos de esa declaración.—Organización del poder ejecutivo.—Estado de los ánimos al iniciarse esta discusión.—Sus consecuencias.—Recelos justificados.—Las dos cámaras.—Mounier, Lafayette y Condorcet.—El veto.—Mounier y Mirabeau reclaman el veto absoluto.—Lafayette, Barnave y otros piden el veto suspensivo.—Sieyes se opone al veto real.—Cómo debe apreciarse esta discusión.—Reflexiones de Mirabeau sobre la situación política de París.—Cómo Lafayette hizo del ejército revolucionario de Julio, el ejército del orden.—Organización de la guardia nacional.—Denuncia su organización el Palais-Royal.—La cuestión social: el hambre.—La agitación revolucionaria y los orleanistas: Danton.—Cómo juzgaba Mirabeau la situación política.—La corte de Versalles y la del Palais-Royal.—Manejos de los orleanistas.—Impasividad del rey.—Agitación producida por la discusión del veto.—El 30 de Agosto en París.—Energía de las autoridades.—Revelaciones de Ferrieres sobre la conspiración de la corte de Versalles.—Proyéctase la fuga á Metz.—Cómo tenía la Asamblea que arreglárselas para que el rey sancionara sus decretos.—Grave indicación de Mirabeau.—La situación económica, y política económica de la Asamblea.—Se sitúa al rey por hambre.—Preténdese obligar al rey á que sancione los derechos del hombre.—El banquete de los guardias de Corps.—Imprudencia de los reyes.—Divúlgase en París lo ocurrido en Versalles.—Duport y Toula-geon en la Asamblea.—El 4 de Octubre en París.—Marcha de los parisienses á Versalles.—Razón de la débil energía de las autoridades de París.—Los parisienses en Versalles.—Sale á su alcance Lafayette.—Sus instrucciones.—Cómo fué recibido en palacio.—Cómo y cuándo sancionó Luis XVI la declaración de derechos.—Cómo fué atacado el palacio real.—Hoche salva á los guardias de Corps.—Reconciliación entusiasta de los reyes y el pueblo.—Resultado de las jornadas de los días 5 y 6 de Octubre.—Marchan los reyes á París.—Abandona Mounier la causa de la revolución.



La revolución de París se propagó como una exhalación por Francia prendiendo el fuego por todas partes. En el Norte, país eminentemente agrícola, se arruinó á los seño-

res desde luego con negarse los arrendatarios á pagar toda clase de derechos feudales; y los campesinos se apoderaron sin escrúpulo de las tierras que los señores se habían reservado cultivar por sí mis-